

FR. PABLO DE LA PURISIMA CONCEPCION BEAUMONT

Nació en Madrid, de ascendencia francesa hacia 1700. Llevó en el siglo el nombre de Juan Blas Beaumont. Educóse en París, en donde se graduó de maestro en artes y doctor en Medicina. Como cirujano del Hospital Real pasó a México, en donde profesó la cátedra de Cirugía y Anatomía. Tomó el hábito de San Francisco y fue misionero dependiente del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro. Como no pudo resistir la vida rigurosa de las misiones por haber enfermado, permaneció en varios conventos como Cronista de la Provincia de Michoacán. Falleció tal vez en Morelia, después de 1778.

Tuvo como propósito al escribir su *Crónica de Michoacán*, continuar la obra del P. Larrea. Revisó varios archivos, tuvo a la mano numerosos documentos, entre otros algunos del Museo Boturini, se inspiró en Tello, Torquemada, Herrera, Espinosa y otras fuentes. No concluyó su obra, que inició desde la época de los primeros descubrimientos, en detrimento de la información sobre Michoacán que es rica, pese a que su narración sólo alcanza el año de 1565.

Escribió un *Tratado del agua mineral llamada de San Bartolomé* en 1772 y la *Crónica de Michoacán*, que sólo se publicó íntegramente con un prólogo liberal de Rafael López, y en tres volúmenes dentro de las publicaciones números XVII al XIX del Archivo General de la Nación. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1932.

Fuente: Fr. Pablo Beaumont. *Crónica de Michoacán*. 3 v. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1932. ils., mapas. (Publicaciones del Archivo General de la Nación.) II-178-183.

EL SACRIFICIO DEL CALTZONTZI

Se había proveído como está dicho, por primer presidente de la Audiencia de México, a Nuño de Guzmán, que era gobernador de Pánuco; apenas entró a presidir esta primera Audiencia, que se hizo señor absoluto de todo, y con tanta potestad mandaba, que espantaba a toda la Nueva España, y también era demasiada la licencia que daba para herrar indios por esclavos, pues él solo cuando estaba en Pánuco (que es la Huasteca), a muchos indios por motivos ligeros dio cruda muerte, y a los que dejó con vida, vendió, y fueron tantos, que casi de los que vendieron despoblaron aquella provincia, y los envió a vender a otras partes, cargando de esta merca-

dería a muchos navíos; hacía muchas franquicias a sus amigos, y muchas molestias a los que consideraba parciales de Hernán Cortés, y perdió el respeto al santo obispo don fray Juan de Zumárraga, y a todos los religiosos franciscanos, porque se oponían al torrente de sus excesos; informó contra ellos, levantándoles mil testimonios falsos, con el fin de quitar estos estorbos, y gobernar con toda libertad en perjuicio de los pobres indios que vejaban sobremanera, para saciar su gran codicia. Penetró al fin la verdad en nuestra corte, y no valieron sus astucias, ni todos los esfuerzos de los procuradores que había enviado, para impedir la vuelta del marqués del Valle a la Nueva España; fue proveída una nueva Audiencia, la cual traía especial encargo de tomarle la residencia, y atender a la reforma de tantos abusos que se habían introducido en el tiempo de su gobierno. A poco tiempo de su desconcertada presidencia, luego que supo que venían otros oidores, de nuevo se convino con los dos oidores Matienzo y Delgadillo (porque antes estaban encontrados en asuntos de gobierno que cada uno quería para sí a solas) y se concertaron él, por verse libre de ellos, y ellos de él, y por alejarlo de sí. Se dio traza por fin, para que saliese con orden y convenio de los oidores dichos, a hacer algunas entradas, y descubrir y conquistar nuevas tierras, tomando motivo de que dos indios bárbaros de la gobernación de Pánuco, habiendo llegado a México hacía poco, le dieron aviso, que habían unas provincias que confinaban con Tampico, pobladísimas de gente, y que las mujeres eran diestrísimas en manejo de arco y macana, a quienes llamaban amazonas, y que formaban ejércitos cuantiosos; habiendo oído Guzmán esta novedad o patraña, deseoso de nuevas empresas, trató con los oidores, que quería hacer esta jornada, entendido que aquellas provincias era lo más y mejor de lo descubierto, y los supo persuadir, que llevando buena tropa, esperaba con el favor de Dios, entrar quinientas leguas más tierra adentro, y sacar grandes provechos de su trabajo, para beneficio de su rey y señor. Los oidores vinieron en ello, y a él se le dilataron las esperanzas de su ambición, y a los oidores las del gobierno sin dependencia del presidente; y le dieron comoción en forma. Quiriendo aprestar para la jornada mencionada de los teules chichimecas que vivían en las tierras adentro, hacia el Poniente, para ayudarse de gente noble, dio en quitar pueblos del marquesado de don Fernando Cortés, y darlos a los capitanes de su satisfacción, que habían de ir con él, y lo propio

hizo de algunos de Su Majestad y corona real, cohechando a todos para esta jornada, y como sabía que las cosas del Marqués en España habían sucedido bien, dábase gran prisa en salir a la conquista de las amazonas; y para esta leva se alistaron en la ciudad de México, provincias de Oaxaca, Guatemala y Michoacán, quinientos españoles y de quince a veinte mil indios mexicanos y tlaxcaltecas, de los cuales no volvieron a su tierra doscientos. Sacó de la real caja, seis mil pesos de minas, y prendió al tesorero Alonso de Estrada, y demás oficiales reales, por la contradicción que le hicieron para que no tocase a la Real Hacienda, sin orden de su majestad, y todo lo atropelló. Nombró capitanes y demás ministros, todos caballeros de cuenta; aunque llevaba mucha gente lucida, y muchos iban en el ejército casi forzados y de mala gana, por ser Nuño de Guzmán mal acondicionado, insufrible, y muy riguroso en negocios de guerra, como después pareció.

Aprestadas ya todas las cosas de su ruidosa expedición, salió de México a fines del año de 1529, y fue marchando a la provincia de Xilotepec, arrimándose a la provincia de Michoacán, y río que va de Toluca, al cual llegó (dicen algunos), el mismo día de la Concepción de Nuestra Señora, y descubrió el vado junto al pueblo de Conguripo, al cual puso de Nuestra Señora, por haber llegado en su día. Hizo muestra de su gente, y se hallaron doscientos españoles de a caballo, y trescientos de a pie, que fueron quinientos, diez mil mexicanos, y de otras naciones con muchos de carga o *tamemes*. Encaminóse con esta gente a Michoacán, por ser por allí el paso, y el rey Caltzontzi, ya en el bautismo Francisco, lo regaló con diez mil marcos de plata, y mucho oro bajo, y seis mil indios para carga, y servicio de su ejército; varían los autores en algunas circunstancias sobre el número de estos indios amigos y en orden al subsidio de los indios que remitió el rey de Michoacán a Nuño Guzmán. Dicen unos que este presidente mandó al capitán Peralmedez Chirinos, Veedor y factor de su ejército, fuese a Tzintzuntzan y Pátzcuaro, y sacase a los indios tarascos, y a su rey con ellos, y que llegó el rey de Michoacán don Francisco Caltzontzi con toda su gente de guerra, que serían diez mil tarascos a 13 de diciembre al real del ejército grande que se hallaba acampado al otro lado del paso de Nuestra Señora, de modo que componían el número de veinte mil el ejército de los indios amigos. Torquemada dice que Nuño de Guzmán tomó al rey Caltzontzi

diez mil marcos de plata y el oro dicho, y seis mil indios para el servicio del ejército. Sucedióse de un modo o de otro, y se halló Guzmán con un ejército muy lucido, y en presencia de su tropa recibió de manos del capitán Chirinos el estandarte real, lo tremoló y levantó, tomando posesión de su conquista, que llamó Castilla la Nueva de la Gran España, y cómo se llamó Galicia lo que conquistó, se dirá en su lugar. Llevó por capellanes del ejército al bachiller Bartolomé de Estrada, y a Alonso Gutiérrez, y halláronse también los padres fray Juan de Padilla y Fray Juan de Vadia o Vadillo, compañeros de nuestro fundador fray Martín de Jesús, que había ido con su bienhechor, el rey de Michoacán, y estando ya su campo para salir, se ocasionó la triste muerte del desdichado rey Caltzontzi, sin haber dado motivo a ello.

Queda dicho atrás, cómo el rey de Michoacán, don Francisco Caltzontzi, sin guerra alguna, puso en manos de su majestad su señorío y reino, y cómo se bautizó, y después llevando religiosos de nuestro padre San Francisco, primeros fundadores de esta santa provincia, se fue reduciendo su reino a la santa fe católica, y con cuanta felicidad se había destruido la idolatría, y se bautizaban innumerables de sus vasallos. Bien sosegado estaba este gran monarca de los tarascos, favoreciendo con todo su poder a nuestros religiosos para que predicasen, y catequizasen a sus vasallos, cuando vino a su noticia que el presidente don Nuño de Guzmán venía con un gran ejército, con ánimo de conquistar las tierras limítrofes de su reino, y sea por política, o por otro fin que ignoramos, envió a Nuño de Guzmán varios regalos de oro y plata, y unos cuantos miles de indios de carga para el servicio del ejército, con mensajeros que le cumplimentasen de su parte. Nuño de Guzmán, que había entendido cuando salió de México, e iba muy atenido a que el rey Caltzontzi, no sólo le había de dar paso por sus estados para salir con su empresa, sino que le había de dar tropas con algunas cargas de oro para él y para su campo, no saciada su codicia con los presentes que le envió cuando llegó con su ejército al pueblo de Santiago Conguripo, situado en las inmediaciones del río grande hacia las fronteras de chichimecas, envió a llamar al rey Caltzontzi, quien, por unos mensajeros que llaman navatatos le envió de regalo en plata labrada, en forma de platonos, como cien marcos, seiscientos pesos en joyas y un poco de oro en tazas. Instó Guzmán por más oro y plata, y despidiendo a los indios mensajeros les encargó que dijesen de su

parte al rey Caltzontzi, que viniese sin falta a verse con él, porque así importaba para el real servicio, y que por lo que tocábale, tenía mil deseos de verle, y no dejase de traer mucho oro y plata, para socorrer sus urgencias. Vino de allí a poco el rey de Michoacán al real, con competente porción de oro y plata, que le pareció poco a Nuño de Guzmán, y enfadado, le reconvino sobre la cortedad de su regalo, a que respondió el desdichado Caltzontzi: "Gran señor, yo te aseguro que estoy ahora muy pobre, porque después que los españoles entraron en esta tierra, yo entregué al rey de Castilla, a fuer de reconocimiento que he hecho por mí, y por los míos, del homenaje de mi reino, todo mi tesoro y la plata y oro, que tenía antes que mi amigo el capitán Cortés viniera, lo dimos a los españoles y como ese oro era recogido de tantos tiempos atrás, quedamos sin él, porque no se recoge con la facilidad que tú piensas, y así no lo hay como solía, ni plata tampoco, y te ofrezco lo que me ha quedado, antes paso necesidad; y si el cobre es oro, harto hay en mis estados, y en siendo menester, se dará lo que quisieres." A esto Guzmán le reprendió sobre lo mal que servía al Emperador la provincia de Michoacán, le trató de traidor, se amotinó el Caltzontzi como rey, que se sentía injuriado, y despechado Guzmán, procedió luego contra él, y le acumuló que se quería alzar y matar a los castellanos, y que siendo cristiano bautizado, había sacrificado a Tzintzuntzan, su corte, a ciertos españoles y muchos indios, que en sus mitotes y bailes se cubrían de los pelos de los sacrificados, que era un sodomítico, y que había muerto a sus hermanos para asegurarse en el trono. Dice cierto historiador, que sin más razón, dentro de cuatro horas, le mandó quemar, y le confiscó sus bienes, y que le hallaron harta riqueza de oro y piedras preciosas. Pero como consta de los autos de la residencia de Guzmán, cuyos fragmentos tengo en mi poder sacados de su original, que quedan en el archivo de la Real Audiencia de México, Guzmán mandó prender al rey Caltzontzi, y lo tuvo asegurado en su posada, después lo llevó así preso consigo a la ciudad de Michoacán Huitzitzila, y desde que llegó en un retrete muy obscuro de su vivienda, lo metió en un cepo, y le mandó atormentar varias veces en el término de quince o veinte días, el cuerpo extendido, atadas las manos a un madero puesto un brasero junto a los pies, que unos ministros muy crueles quemaban poco a poco, para hacerle confesar donde tenía sus tesoros. Como sabían algunos principales va-

sallos de este rey, lo oprimido que estaba, procuraron recoger de mandato suyo cuanta plata se pudo encontrar y venían mensajeros ya con doscientos platos de plata, ya con un poco de oro, ya con otras cantidades más cortas de plata de baja ley, que en todo sería como ochocientos marcos de plata, y tres a cuatro mil pesos de oro. Después de esto, llevó a este infeliz monarca atormentado, preso consigo, y se fue a juntar con su ejército, que se alojó e hizo alto a las orillas de un río que es dos leguas distantes de Puruándiro, de la encomienda de Juan de Villaseñor; los seis mil indios de carga que había ofrecido el rey Caltzontzi para servicio del campo de Guzmán, iban encadenados con collares a los pescuezos, repartidos entre varios escuadrones españoles y mexicanos, y también en compañía de Guzmán algunos indios principales, y dos de los más distinguidos de aquel reino, llamados don Pedro Ganca o Cuitamangari, yerno del rey, y don Alonso Eguangari, después gobernador de la capital de Michoacán. Asentó Nuño de Guzmán su real en el paraje dicho, y en una casa desviada, que hizo guardar con centinelas, metió a sus prisioneros, al rey y a sus principales, y algunos naguatatos; los hizo atormentar uno después de otro, pasando su crueldad a excesos, comenzando por los mensajeros y después apurando a don Pedro y a don Alonso, con amenazas de la más cruel muerte, si no confesaba adonde tenía el Caltzontzi sus tesoros, y preguntándoles si tenía su rey prevenida gente armada para acabar con los españoles en alguna emboscada. Al fin, no satisfecho de lo que producían los caciques, y naguatatos puestos en tortura tan cruel, pasó Guzmán a aplicar al desdichado Caltzontzi, que hizo desnudar, a un potro de tormento más cruel, mandándole atar en él muy recio, y que sin piedad tirasen los cordeles para descubrir lo que pretendía; pero parece que no pudo sacar en orden a alguna traición intentada, o algún cúmulo de riqueza que se había imaginado tenía acopiado este príncipe, cosa que justificase su codicia, y sospechas maliciosas. Y así pronunció sentencia contra él, de que fuese quemado vivo. Fue atado a un palo y alrededor se formó una hoguera, con porción de leña, que se encendió y poco antes que llegase la voracidad del fuego a consumirle, habló llorando a don Alonso, quejándose amargamente de la crueldad de Guzmán, y del mal pago de los cristianos que había querido y servido tanto, después de haberles dado su reino y cuanto tenía; llamaba a Dios y a María Santísima, protestando que no se hallaba culpado de lo

que le achacaban, y sin saberse en qué disposición le cogió esta crudelísima muerte, porque aunque se dieron prisa los religiosos a socorrerle en este trance, parece que no tuvieron lugar de hablarle. Acabó el rey Caltzontzi rodeado de llamas, y en un instante fue reducido su cuerpo a pavesas, con otros indios principales que fueron echados en la hoguera, caso el más cruel, que decirse puede, y fue la causa, dice Torquemada, porque no pudiese quejarse de estos tan manifiestos agravios, que justificadamente se pueden llamar robos y tiranías. Erró Bernal Díaz del Castillo y otros autores en decir que murió ahorcado. Pero antes que muriese el gran Caltzontzi, tuvo un hijo llamado don Antonio, el cual fue muy estimado, y anduvo en traje español, conservando aún después de la desgraciada muerte de su padre el mismo amor que tuvo a los españoles, y tenía caballos de Rúa; este don Antonio tuvo otro hijo llamado don Pablo, que casó con española y también fue muy estimado y S. M. le dio cierta renta en la caja real, y ya se acabó esta real descendencia.